

“PINCELADAS DE BASCONIA”

PRESENTACIÓN

Fresca todavía la tinta con que expuse las razones que me determinaron á dejar el papel de crítico, algunas veces desempeñado por mí en obsequio al desarrollo de la literatura euskara (1), las circunstancias, nuevamente, me instalan dentro del escenarioio abandonado, sin que ni una sóla, siquiera, de las causas inhibitorias haya desaparecido.

Mas como segun lo hice constar entonces, la moderna crítica no se cuida de juzgar á los autores, sino principalmente, de explicarlos, ó describirlos, desmontando las piezas de su mecanismo psicológico, designando los motores, anotando las operaciones, marcando los grados de la presión externa, analizandocuantitativamente y cualitativamente las reacciones internas y dejando que el respetable público, á su modo, aprecie la bondad del producto, se atenúa considerablemente la función dogmática del crítico, que suele, desde el punto de vista personal, ser la más espinosa.

Digo atenuar y no suprimir porque juicio ó dictamen, alguno ha de haber por fuerza; pero no es aquello de enzaramarse á la Preceptiva, y desde su Cátedra seguir letra á letra el discurso del autor, acotando

(1) Véase mi carta á D. Francisco de Ulácia, inserta á guisa de prólogo de la novela «Don Fausto», original del distinguido escritor bizkaino rnencionado.

aciertos y desaciertos, sobre todo desaciertos, porque detrás del crítico del libro, atisba el lector, crítico del crítico, inclinado, ordinariamente, á no dejar correr sin protesta, los rasgos de lenidad.

Personaje deslucido y antipático es el de *dómine* de la Retórica y Poética, y además, insostenible, cuando no dispone de libertad absoluta, sino que concurre al acto, como los testigos del testamento, rogado.

Deseaba, mi buen amigo D. Adrián de Loyarte, que fuese yo quien le presentara al público, estimando que mi modesto nombre podía servir de sombra benéfica al primer libro que publicaba.

Impuse silencio á mi repugnancia, vencida, sin lucha, por la simpatía que le profeso, por la comunidad de ideas y sentimientos que nos enlaza, y por las dotes de escritor que le adornan, capaces de justificar, sin sospecha de compadrazgo ó apasionamiento, las alabanzas que le dirigiese.

Que en esta hermosa ciudad de San Sebastián, cada día más atenta á borrar su castiza fisonomía de población baskongada, y á vestir el disfraz del exotismo y del internacionalismo, deseosa de ocupar puesto en la lista de las grandes estaciones balnearias europeas, codeándose y hombreándose con Monte-Carlo y Ostende, por ejemplo, y aún desbancándolas (sin ningún linaje de metáfora) si pudiese; que en esta hermosa ciudad, cuyos sueños son músicas, flores y bengalas; saraos, cotillones y deportes; taponazos de champagne y estallido de cohetes; directores de orquesta y jefes de cocina, igualmente ilustres; concurrencia inmensa de forasteros que gaste y crema aristocrática que dé tono; inauguración de novedades llamativas; mariposeo de personajes y celebridades; que en la bellísima Jayópolis, ébria de placer y elegancia, un joven, como Adrián de Loyarte, se substraiga al torbellino y estampe la siguiente frase: «las costumbres del baserri y del arrantzale, ¡sí! es lo que nos queda», constituye un fenómeno singularísimo.

La juventud dorada—que no de oro—exclamará: «¡el baserri!, una casuca vieja, que huele á establo; ¡el arrantzale, un hombrazo toscó y mal vestido.»

Y sonreirá despreciativamente pensando en el salón de fiestas y en el smockin del duque de Sota-Real.

Aquí tocamos á la razón por cuya virtud las literaturas patrióticas de los pueblos «que se van», como dijo Elíseo Reclus, del pueblo basko, son democráticas.

Mistral cantó á Mireya, la humilde hija del mas, del baserri provenzal; Brizeuz á María, otra baserritarra, de Armórica; Petaefi á los pastores de la putzta.

¿Y cómo nó si el pueblo es quien más tiempo retiene la corona de su tipo nacional?

Las clases altas y sus remedadoras, sori como las comidas de fonda: iguales en todas partes.

Las ideas, los sentimientos, las costumbres, el lenguaje, es decir, las facciones y rasgos que manifiestan la individualidad étnica del euskalduna, diferenciándola de otras individualidades, sólo os será dado contemplarlas como notas ingénitas, fundamentales y completas, acercándoos al pueblo, protegido del contagio alienígena por condiciones, en gran parte, materiales y externas, de su situación social.

Aquí es el aislamiento del caserío, más allá la insignificancia de la aldehuela, en otro punto la especialidad del género de vida, los que protegen y salvan al tipo euskaldun.

Más estableced el contacto, el roce continuo y pronto lo vereis alterarse y corromperse.

Por eso se le encuentra tan atenuado—ó no se le encuentra—en aquellas clases, sedientas de roces y contactos extraños, cuya musa es la imitación.

El entusiasmo de Loyarte por los humildes, sin aguardar á nuevos datos, lo encasillo en el grupo selecto de los patriotas Euskaros.

Si no amase á Euskaria con delirio, ¿cómo se había de atrever á escribir la enormidad de que lo único que aquí nos queda es el aldeano y él pescador?

¡Cuánto más importante y simpática la observación de Le Figaro: «las modas de París tardan seis meses en llegar á las provincias francesas: á San Sebastián, ocho días.»

Sí; alma de patriota es la suya, profundamente euskara, al igual de su sensibilidad y de su imaginación.

Recorred Las Pinceladas de Basconia y en cada una de sus páginas oireis sonar el euskarismo, ya susurrante cual las fuentecillas de las montañas, ora clamoroso cual la voz del mar.

¿Quiénes son los héroes del libro?

Los humildes, los hijos del pueblo que aún no han renegado de su raza; el bersolari que ennoblece con su balbuciente poesía las fiestas lugareñas el tamborilero que las alegra; los baserritarras que las dis-

frutan; el mutill que delante de la chirriadora carreta, al lanzar el aida y tender el akullu, expresa alguna de las cualidades morales de la raza: la tenacidad y la calma.

Y además son héroes, y héroes principalísimos las montañas y los bosques, los valles y las praderas, las inconstantes nieblas, las melendadas olas, las tostadas arenas, la naturaleza, que explica y comenta esa creación suya: el genio del basko.

He nombrado la imaginación y la sensibilidad de Loyarte; procuremos conocerlas más íntimamente.

Sigámoslas en sus diversas manifestaciones y las calificaremos de vivas, excitables, vibrantes.

Compararlas á espejos que reflejan, á esponjas que embeben equivaldría á poner de bulto uno solo de los aspectos de ellas, el meramente pasivo; hay que completar la noción, comparándolas á nervios que se sensacionan y transmiten la impresión á un centro que la transforma y devuelve á la periferia, de donde se derrama á fuera.

Y ese centro es el euskarismo entusiasta y vehemente del autor, y por tanto, impulsivo, poco dispuesto á seleccionar y seriar los elementos aportados, ni á pararse en las manipulaciones del arte, sino más bien á utilizarlos desde luego, con trepidante lirismo, como materia literaria, de la composición.

Las páginas de Loyarte, comunmente, expresan un estado de ánimo; nos dicen lo que ama, lo que siente entonces; cuando la intencionalidad artística predomina, trae consigo el ritmo del pensamiento y de las imágenes, la gradación de los efectos, la precisión de los términos y calificativos; el desarrollo orgánico del período, la sobriedad de la frase, la cohesión de los miembros: la belleza literaria, en suma.

Considerad el siguiente pasaje, poco frecuente en la obra de hoy, y que lo será cada vez más en la obra de mañana, á medida que el juicio y el gusto del autor se maduren y depuren, practique los buenos modelos del habla castellana, que no es la suya propia, y se vaya alejando de esa feliz edad de veintitres años en que trazó el mayor número de Las Pinceladas de Basconia:

«Mirad cómo las aguas tranquilas contemplan á la luna llena; parece que el abrazo va á verificarse: el verdor de las aguas con el azul del cielo; el biillo de oro de las arenas, con el brillo magnético de las estrellas; las exhalaciones salinas del mar, con los aromas embriagadores de los aires; la blanca espuma de las olas, con la blanca nube del firma-

mento; las sombras de los flujos y reflujos de las corrientes, con el acebrado movimiento de los astros: parece que va á ser el abrazo de un amor á otro amor; de un ser á otro ser querido, de una madre á su hijo, de un esposo á su esposa, de un amigo á otro fiel amigo; parece que la oración de la tierra vuela en nubes de oloroso incienso hacia los espíritus celestiales; las armonías de todos los cantos y gorjeos terrenales hacia las orquestas infinitas de todos los ángeles; lo finito para confundirse con lo infinito; la nada con lo imperecedero; el polvo con la inmensidad de la montaña; lo comprensible con lo que en vida es un arcano; lo natural y caduco, con lo sublime, sobrenatural é inacabable.»

Este pasaje, aunque atenuadamente, nos indica cual es la manera descriptiva del autor, sucesión enfilada de aspectos y pormenores, á menudo expresivos y pictóricos.

Su visión es amplísima; los objetos que percibe en un paisaje, son innumerables; ni el vuelo del pajarillo que viene á posarse sobre la rama vecina, se oculta á su contemplación que juzgaríamos absorta en las grandes masas y en las grandes líneas; las cosas que cambian y varían de momento á momento le fascinan, sobre todo la luz, el agua, las nubes, de veras le truecan en pincel la pluma.

Del hombre se ha ocupado poco Loyarte.

No es que falten personajes humanos en sus páginas; pero ó son meras personificaciones de tesis ó detalles de un cuadro más extenso ú ocasión del cuadro mismo.

Quiero decir que no se propone estudiar caracteres ni casos psicológicos.

El mayor número de ellos pertenece, naturalmente, á la clase popular.

Pero á aldeanos y pescadores los vemos por fuera; ejemplares de ese tipo optimistante forjado por el glorioso Antón é idealizado de nuevo con nostalgias forales, que á Trueba se le ocultaron.

El proceder oblicuo del baserritarra, que nunca marcha á su objeto por el camino recto, está bien observado en el Manuel de Las Navidades en el caserío, y lo señalo, porque significa una feliz llamada al orden de la realidad.

Esta campea con menos disputada soberanía en Uno de la raza—Mari, cuya magnánima imagen resurge vigorosa, pareciéndonos que escuchamos, realmente, el diálogo espartano entre el humilde pescador

y el comandante de Marina y que ocuparnos una localidad en la función teatral de Teodora Lamadrid, cuando la insigne actriz y la sociedad donostiarra quisieron honrar al héroe «humilde como una oveja»,

La más noble y constante musa de Loyarte, es el amor á Euskaria. El amor es clarividente y le ha señalado con dedo acusador, los encarnizados enemigos de su patria: el colectivismo ó socialismo, antítesis radical é irreducible de toda la civilización baska, y los partidos españoles, tiranos y corruptores de Baskonia, destinada á morir, sino los mata.

Placeríame comentar las páginas en que los abomina, juntar mi látigo al suyo, y ayudarle á atarlos á la picota....

Más no quiero que reflexiones de carácter político, forzosamente acerbas, perturben la apacibilidad de esta presentación literaria.

Limítome aludiendo al último capítulo del libro titulado Lo que ha de venir, á exclamar con inextinto entusiasmo, vencedor de fracasos y desengaños, «venga en hora mil y mil veces bendita», ó mejor dicho, porque votos de tanta trascendencia requieren forma de plegaria: «¡dígnate traerlo, oh Dios, que sanas á los pueblos!»

ARTURO CAMPIÓN.

Villa «Emilia-enea».— Ategorrieta.

21 de Julio de 1905.

